

pulsó a presentar a Moisés como egipcio y a desmentir por lo tanto, su origen hebreo, en plena persecución semita.

La fama extraordinaria alcanzada por Stefan Zweig puede haber popularizado en exceso su nombre, dándole ese nimbo que las intelectualidades refinadas no aman, mas la lectura de este libro autobiográfico, sincero y magnífico, confirma que Zweig integró, desde su juventud, lo que con mayor estrictez puede considerarse una élite artística y basta para cerciorarse de ello, la confesión que hace de sus esforzados métodos de trabajo y la lectura atenta de su obra cumbre, según nuestra opinión, «La lucha contra el demonio».

MANGLAR.

«Manglar», según el glosario de esta obra, significa zona poblada de mangles o sea de árboles crecidos en ciénagas y esteros, a la orilla del mar, que con la baja marea, dejan al descubierto largas raíces por entre las cuales se puede bogar.

He aquí de inmediato, sin otro trabajo que revisar el glosario, una visión vigorosa del trópico. El resto debe encontrarse en el desarrollo de la novela «Manglar», (Nascimento 1947), hecha de frases cortas, plásticas, que en algunas ocasiones se conforman con la simple sugerencia y con la síntesis derivada de una metáfora audaz y poética.

Joaquín Gutiérrez, su autor, es además de prosista un poeta y fué un hombre de acción que aun conserva los brazos y las piernas firmes y que vierte en la literatura ese hálito viril de los verdaderos artistas, sin miedo a la emoción contenida o desahogada hasta los repuntes del llanto.

Esto en cuanto a la forma. En lo que atañe al fondo, la acción novelística ocurre con una trama mínima, pues la técnica de Gutiérrez consiste en colocar sus personajes frente a frente y dejarlos actuar por simple contraste, por extroversión de humanidad, sin ocuparse en perfilar ni en caracterizar buscando pre-

cisos antecedentes que pudieran dar el secreto de la conducta que ellos asumen al integrar esta novela instantánea. Quizá si sea este último, el adjetivo que más le venga a su obra, especialmente si se observa su forma rica y plástica, sus contornos fugazmente estilizados y la falta de interés por entonar la acción con personalidades que logren vencer la costra emocional y definirse.

Mirado bien este último aspecto, la novela de Joaquín Gutiérrez es genuinamente iberoamericana, más vecina del lirismo de «La Vorágine» que de «Doña Bárbara». Pero si estas obras surgieron en la novelística de Sudamérica como frutos de la influencia de cierto tipo de novela europea, saturadas por el hábito vibrante de un continente henchido de floras maravillosas, la novela de Joaquín Gutiérrez es posterior al «Ulises» de Joyce y a sus parientes artísticos, frutos de John Dos Passos, O'Neil y Andersen.

Allí reside, a nuestro juicio, la clave de sus entroncamientos en cuanto a la gestación retórica de la obra, indispensable en todo proceso de creación artística, quedando el resto, como en los casos anteriores de Rivera y Gallegos, a cargo de la atmósfera iberoamericana que en la América Central inhibe al hombre como una partícula sudorosa y sensible de su flora, de sus ámbitos coloridos y de su fauna enemiga y artera. En la progresión de esta conducta artística sucede el planteamiento y la lucha social desconocida en la relación genuinamente patronal de otros tiempos.

Restaría señalar que si la influencia de Joyce en la moderna novela, restringe la articulación historiada del lenguaje y lo lleva a una disociación de índole poética, los recursos del novelista culto son actualmente más vastos, al sobrepasar la técnica de un arte impregnado ficticiamente con un realismo historiado y tradicional, con el aporte de la plástica, de la poesía y de los cc-dicilos del subconsciente.